

# REVISTA 360°

Instrucciones para vivir en Puebla

Junio 2026 • Año 18 • Número 193 • [www.revista360grados.mx](http://www.revista360grados.mx) • 35 pesos



## La dictadura del like

# SOMOS MAIYADA



#YoTambiénSoyLobo

**Akari Onodera Anaya**

Estudiante de Mercadotecnia y Medios Digitales

**BUAP**

Benemérita Universidad  
Autónoma de Puebla

El poder de **inspirar** es:

**BUAP**

**COMPARTIR**

**LOS**

**SABERES**

Luisa Fernanda Velázquez Rodríguez / Gastronomía



## Directorio

Zeus Munive Rivera  
*Director General*

Liliana García Amaral  
*Coordinadora administrativa*

Rosaura Francisco  
*Coordinadora web*

La Aldea. Edición y Diseño  
*Edición, corrección y diseño editorial*

[www.revista360grados.com.mx](http://www.revista360grados.com.mx)

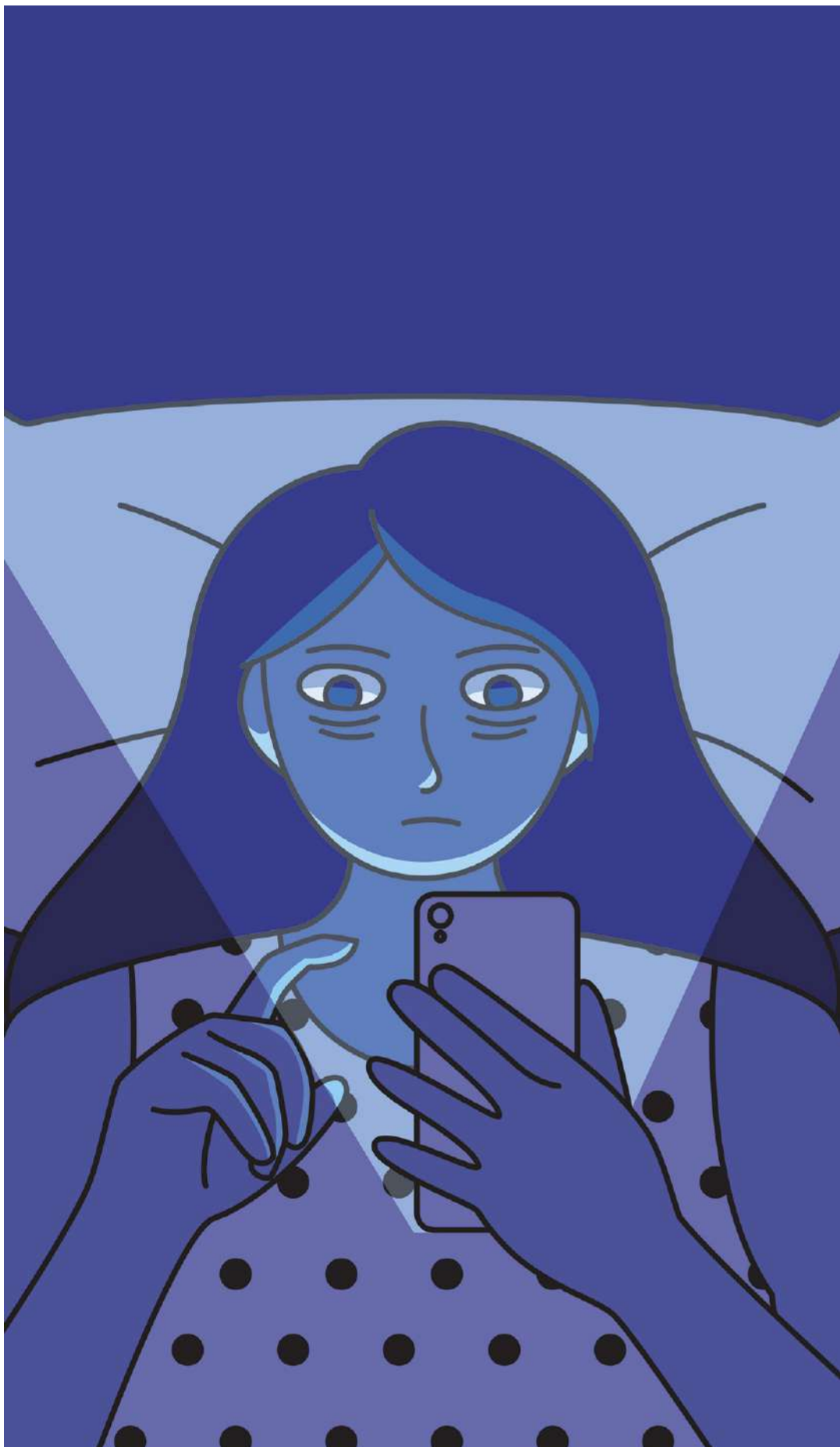
Revista 360° Instrucciones para vivir en Puebla; junio 2026, número 193. Revista de publicación mensual. Editor responsable: Zeus Munive Rivera. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2012-091814274100-102 otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Número del Certificado de Licitud de Título y Contenido 17547. Domicilio de la Publicación: Calle 39 Poniente número 3515 P5 01 colonia Las Ánimas Puebla, Puebla C.P. 72400. Teléfono: 22 29 91 97 06. Impresa por Píncel Digital y/o Jesús Norberto Diego Torres, Calle L 22-2 Parque Industrial 2000, C.P. 72225 Puebla, Puebla. Distribuidor: Zeus Munive Rivera, Avenida Juárez Número 2925 Despacho 304 Torres JV Juárez Colonia La Paz, Puebla, Puebla C.P. 72160. Esta publicación se encuentra inscrita en el Padrón Nacional de Medios Impresos que depende de la Secretaría de Gobernación Federal. Revista 360° Instrucciones para vivir en Puebla es una marca registrada. Este ejemplar se terminó de imprimir el 5 de junio de 2026, con un tiraje de 10 mil ejemplares. Las opiniones expresadas en la revista por los autores o columnistas no reflejan la postura del editor. Los listados y demás datos comerciales son solo de carácter informativo y el editor no asume ninguna responsabilidad respecto de la calidad, confiabilidad, veracidad o cualquiera otra característica de los productos o servicios anunciados. Todos los derechos reservados © 2026. Queda estrictamente prohibida la reproducción de los contenidos sin previa autorización del editor. Para quejas, sugerencias, comentarios y felicitaciones:

[@revista360](https://twitter.com/revista360)

[Revista360° Instrucciones para vivir en Puebla](https://facebook.com/revista360)

[@revista360grados](https://instagram.com/revista360grados)

[revista360grados@gmail.com](mailto:revista360grados@gmail.com)





**04**  
**En el hashtag de la hipercultura**  
 NO FICCIÓN



**08**  
**La vida después del smartphone**  
 NO FICCIÓN



**14**  
**¿Cuántos likes para ser feliz?**  
 NO FICCIÓN



**18**  
**Internet: legión de imbéciles**  
 NO FICCIÓN



**20**  
**El viejo encanto de los vinilos**  
 MÚSICA



**22**  
**Viviendo en la ficción**  
 CINE



# En el *hashtag* de la hiper- cultura

Por Julieta Lomelí / @julietabalver

El “capitalismo digital”, como lo llamaría alguna vez el intelectual germano Timo Daum, no solo ha puesto sobre la mesa infinitas posibilidades aderezadas de optimismo económico, científico y social. Sino que también, y como cualquier novedad, la época del internet abrió un abanico de retos que a lo mejor ni siquiera hemos sabido aún cómo afrontar: desde la proliferación ilegal de datos privados, fotos íntimas, terrorismo cibernético, la desdeñable propagación ilegal de pornografía infantil o necrótica, hasta engaños masivos, *fake news* y *shitstorms*. El internet no solo puede ayudar a impulsar el trabajo entre *partners*, dar rienda suelta en ocasiones a la libertad de expresión, ser tierra fértil para cultivar buenas causas y dejar crecer información de todo tipo, sino que también puede volvernos víctimas de múltiples delitos. Es difícil ponderar, como en la vida más allá de las redes, si vale la pena vivir dentro de la red, o si, por otro lado, el internet es más bien el genio maligno, el causante de gran parte de nuestros males. Pero antes de emitir un juicio maniqueo de las bondades o contrariedades, hay que situar un poco arqueológicamente el fenómeno del mundo virtual.

El milagro del internet no solamente es el resultado del avance tecnológico, sino también podríamos pensarlo como la continuación de un proceso histórico que inició con una modernidad atomizante que empoderaba la razón y la autonomía del individuo, poniendo en crisis la idea de un mundo homogéneo, de un mundo regido por una sola autoridad o paradigma. Aparte de que la modernidad liberó al ser humano de muchas ataduras intelectuales que lo empoderaron y aceleraron el avance tecnocientífico, también lo fueron redimiendo de algunos discursos que lo volvían ciudadano de una sola patria, peregrinos de una sola tierra. A hombres y mujeres no les bastaría volverse —desde las palabras de Kant— ciudadanos del mundo, ni estudiar con pies viajeros —como escribía Descartes— “el libro del mundo”, sino que ese peregrinar algún día sería puesto en un hipertexto digital, al alcance de todos, o al menos de una gran mayoría, desvaneciendo poco a poco las fronteras culturales entre unos y otros.

Existe, pues, una diferencia entre ese hombre moderno, viajero, que mirando distintos lugares logra dominar múltiples perspectivas y quizá morar en alguna que su propio entendimiento y voluntad le haya dictado es la mejor para él; y ese individuo que en pocos minutos puede habitar distintas patrias en esa extensa red que es el internet. El filósofo surcoreano Byung-Chul Han habla de esta transición del hombre moderno que se convierte en un extranjero melancólico, porque en algún sentido sigue enraizado o buscando una patria; y el hombre contemporáneo que, gracias a la influencia del internet, se vuelve un peregrino —a veces angustiado— de un mundo sin brújula, en donde las naciones, las etiquetas y los prejuicios se desvanecen: un mundo heterogéneo en valores y discursos.

Ese moderno ciudadano del mundo se quitó la etiqueta de la pertenencia, de la nacionalidad, de la obligatoriedad de la presencia, para volverse un errabundo, un ser libre que puede navegar o naufragar en cualquier lugar. La momentánea pérdida de la identidad, acelerada por un proceso de globalización, no es algo negativo para Han, sino más bien una condición para afirmar la tolerancia frente a lo que antes era “lo otro”, pero ahora puede ser también lo propio y a la vez no, lo de todos.

Escribe Han en *Hiperculturalidad* (Herder, 2018), con una bella metáfora: “el nuevo paisaje marítimo no conoce ni el espíritu (esa gran historia de progreso que perseguía la modernidad) ni el logos en sentido enfático (esa razón autónoma y moderna). El logos cesa ante un hiperlogo que, sin embargo, no presenta una sencilla continuación del diálogo o del poli-logo. Antes bien, abandona el orden mismo del viejo logos, al que se aferraban estos últimos”. Este hiper-logo es el nuevo orden de la hipercultura en el mundo del internet.

Han piensa, así, en el desarrollo de esa antigua razón moderna —aferrada aún a la idea del progreso, de construcción de identidades y de verdades lineales— en una razón múltiple, en un “hiperlogos”. Todos esos discursos infinitos que nos atraviesan, que asumimos y dejamos de asumir rápidamente. Mientras el hombre moderno navegaba en un tipo de aventura de la razón que temiéndole a la incertidumbre se aventuraba para poder conquistar, con ciertos límites, algún tipo de verdad, el mar de la hipercultura es “completamente diferente. En este caso, no se trata ni de la incertidumbre ni de la incomensurabilidad. Surfear es ciertamente la contra-imagen de esa navegación en lo incierto. Surfear refleja el estado de ánimo que, desde hace tiempo, también tiene efecto por fuera del ordenador. El usuario se encuentra de viaje en el mercado de la red, es decir, en el hipermercado, en el hiperespacio de la información”.

---

**Seguro un día  
podremos dejar de  
ser esos “turistas”  
alegres y livianos  
en un mundo  
cada vez más  
globalizado, que  
no sufran asumir  
la hiperculturalidad  
en toda su  
transparencia,  
que al correr  
el mundo dejen  
de sentir que  
pierden algún  
tipo de abolengo  
cultural**

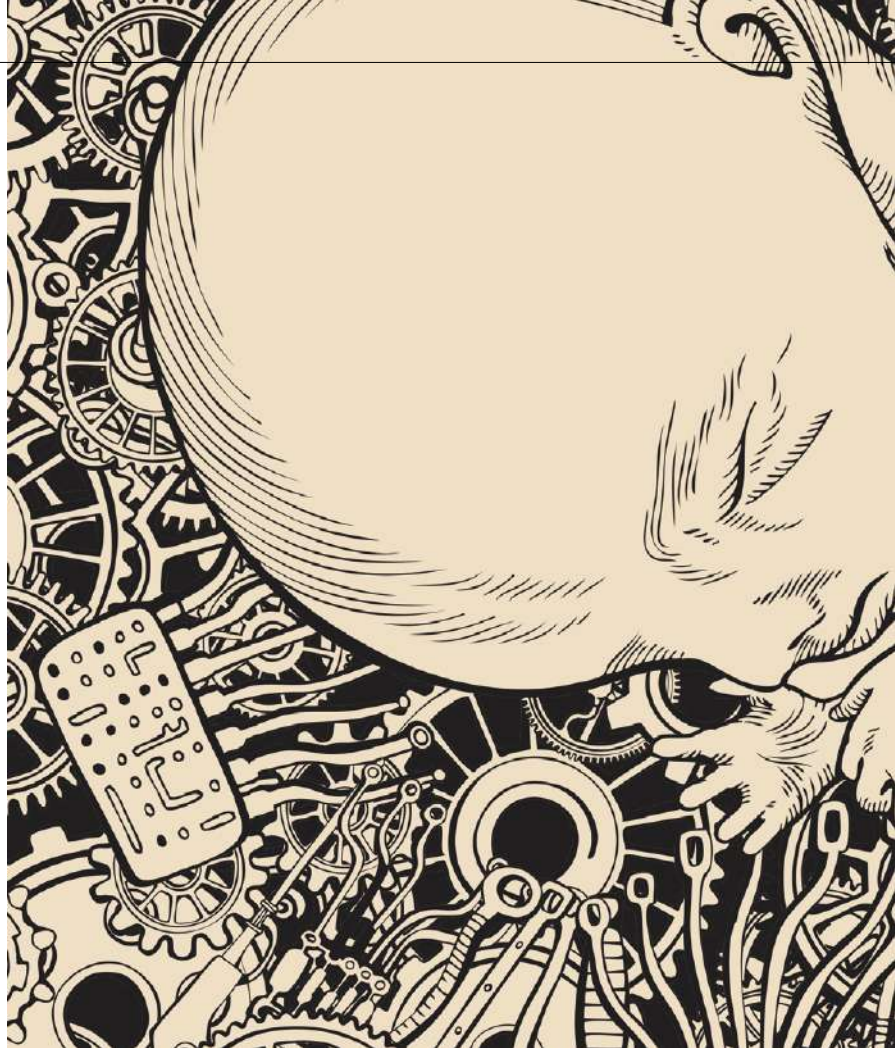
---

Este gran mercado virtual nos vuelve turistas incluso en nuestra propia ciudad o compatriotas en el extranjero, ese mercado propiciado, primeramente, por la globalización, y nutrido por la hiperculturalidad, nos da la oportunidad de comer sushi en Marruecos o de encontrar pozole en Hamburgo.

Pareciera que, desde la perspectiva de Han, esta hiperculturalidad digital no esclaviza al individuo sino, por el contrario, lo vuelve un *Homo lieber*, un hombre sin ligaduras, libre, que con la propia mirada recorre de un clic a otro el planeta, dejándose llevar por la liviandad, y por ello, devolviéndole el valor a la existencia, solamente del aquí y el ahora. Un viajero que no se queda en un solo sitio por mucho tiempo, y eso puede hacer del mundo un sitio despojado de ideas fijas, más tolerante. Este *Homo lieber* es un escéptico “del mito de la profundidad o del origen, recorre las superficies y dirige su atención a las apariencias multicolores”. La hipercultura, escribe nuevamente el filósofo surcoreano, propiciada ciertamente por el internet, es como la metáfora del rizoma, alguna vez pensada por Deleuze y Guattari, “una figura abierta, cuyos elementos heterogéneos juegan ininterrumpidamente unos con otros, se deslizan unos encima de los otros, y son comprendidos en el constante ‘devenir’. El espacio rizomático no es un espacio de ‘negociación’, sino de transformación y de mezcla”.

Resulta difícil no querer constatar en nuestras vidas la tesis de Han a favor de la hiperculturalidad. Seguro seríamos muchos los que quisiéramos sentir que gracias a esta nueva época podemos surfear en mundos sin aristas, sin jerarquías, y ser la imagen de un *Homo lieber* a quien no le interesa buscar una verdad auténtica, ni ganar o perder algo para siempre, ni tampoco le interesa ser reconocido o construir una identidad concreta, porque no tiene nada más que su libertad expuesta al mundo (a uno muy tolerante), que no se ordena de manera vertical, sino que va creciendo hacia todos lados y abriendo hasta la posibilidad más imaginada por medio del internet.

Me gustaría preguntarle a Han hasta dónde esto es posible, y si no es una utopía teórica que válidamente aspira a un “mundo plural”, pero lo hace desde una razón limitada, y moldeada también por una serie de algoritmos que determinan parte de la opinión y las decisiones no solo individuales, sino también colectivas. No estaremos hablando, más bien, de que también hay mundos plurales en redes homogéneas? ¿La idea de hipercultura no podría caer en el riesgo de volverse uno de tantos *hashstags*?



### *Algoritmos plurales, redes homogéneas*

Aunque en su obra *Hiperculturalidad* Byung-Chul Han plantea la bella utopía del turista digital que, desenraizado y sin obsesión por las etiquetas, desprovisto de toda identidad, es habitante de mundos infinitos. Y esta idea quizá podría superar algunos metarrelatos alrededor de la identidad, de la idea de Europa y Occidente como origen de la cultura, y que con el paso del tiempo fueron agudizando malentendidos, germinando totalitarismos y barbarie. El filósofo también tiene otros libros en los cuales el internet es más bien un genio maligno que homogeniza nuevamente la cultura, un sentido completamente inverso, e incluso contradictorio, a lo que parece haber sostenido en *Hiperculturalidad*.

En obras como *El enjambre* (Herder, 2014) y *La sociedad del cansancio* (Herder, 2017), el filósofo surcoreano dibuja varias críticas al mundo del internet, este mundo que es un espejo de la vida fuera de las redes, y por ello, no deja de ser un mundo virtual, de lealtades y amistades virtuales y de carácter efímero y aparente. El internet como un reflejo, muchas veces mejorado, de la sociedad contemporánea. Una sociedad cansada y deprimida, una sociedad construida de seres autoexplotados por cubrir altos estándares económicos, personales, profesionales. Una sociedad que camina y exige, aunque sea simulando, perfección. Y un mundo virtual en el cual también parece ser mal vista toda negatividad, dolor o queja profunda, un enjambre virtual en el cual, aunque un usuario estuviera destajado por dentro, deprimido y pidiendo auxilio, su ruego solo tendría el impacto de muchísimos *likes* y mensajes optimistas, escritos uno tras otro desde la dinámica de la ficción, del altruismo o la compasión simulada, y que finalmente no prevendrían ningún suicidio.



Así, esta sociedad que, aunque parecía muy plural a veces y que navega con la bandera de la hipertextualidad, de la hipertolerancia, de la hiperaxiología, de la hiperlibertad, de la hiperconectividad que nos acerca cada vez más, parece ser que finalmente solo está permitida si esa pluralidad de opciones prescinden de cualquier visión pesimista o negativa de la existencia. Han comenta que la estrategia del *like*, del botón de “me gusta” existente en muchas redes sociales, es la forma usual de estandarizar la positividad, la eficiencia, la afirmación de que todo está siempre superbién, de que se es superexitoso y feliz, y de que no hay nada de lo cual quejarse.

En este mundo virtual, sobre todo el de las redes sociales, la difuminación de las fronteras entre la vida pública y la vida privada desaparecen frente a la pretensión de exponer hasta el último rincón de nuestra intimidad, de nuestros afectos, o al menos, de construir un relato, un perfil que exhiba una vida lograda, en una sociedad obligada al optimismo y al rendimiento en todos los rubros: la simulación desde las redes sociales de una cotidianidad impecable, expuesta a un público dictaminador egoísta, pero de pureza y superioridad moral.

Estoy de acuerdo con que las redes sociales planchan cualquier conflicto, y eso no solo tiene una repercusión para la —ahora casi inexistente vida personal—, sino también para el plano de la opinión pública. Esta estandarización del *like*, de los mensajes limitados a un cierto número de caracteres, de las políticas de censura de las redes sociales como Facebook, más que promover la hiperculturalidad, determinan una forma de comportamiento que trasciende a la obligatoriedad de mantener una conducta de tolerancia y respeto entre los usuarios, a la estandarización de una corrección política impoluta. A la sacralización de ciertas imágenes y mensajes que sobresalen

debido al dinero invertido en ello, y que pueden, incluso, alienar conciencias hacia una ideología política determinada (aunque sea una dictadura), un candidato (con un sublimado discurso racista), o una causa a la que se le haya invertido un gran presupuesto y número de ingenieros expertos.

Desde esta concepción de algoritmos vacilantes que simulan una pluralidad, pero que finalmente homogenizan valores y egolatrías, el optimismo digital pensado por Han en *Hiperculturalidad* sigue siendo una utopía en la práctica. Porque todavía, a estas alturas, las redes sociales y el mundo virtual no dejan de adherir conciencias, de alimentar identidades radicalizadas, afinidades de socialismos fallidos y aspiraciones enfermizas por renovados totalitarismos.

Y aunque quizá sea imposible quitarnos del todo la intención de dominar una idea fija de existencia, de querer imponer sobre los demás nuestras causas y creencias, de seguir luchando desde las redes por afirmar una bandera, una ideología, de un partido, o desde la inconciencia valores egoístas y fines que atropellan la pluralidad, poco a poco podemos dejar de ser esos seres nihilistas y ególatras aferrados a una identidad fija que no encuentran su sitio y no aceptan otros sitios, que buscan desesperados reconocimiento público a pesar de que deban simular y exponer su privacidad sin negatividades en redes sociales.

Seguro un día podremos dejar de ser esos “turistas” alegres y livianos en un mundo cada vez más globalizado, que no sufran asumir la hiperculturalidad en toda su transparencia, que al correr el mundo dejen de sentir que pierden algún tipo de abolengo cultural. Algún día cambiaremos esa idea de las razas, pureza y definitividades, para nunca más defender con garras y algoritmos la construcción de un muro o la adhesión de un voto ideologizado. Porque en la realidad, las fronteras ciertamente se van desdibujando poco a poco.

La sugerencia de asumir la hiperculturalidad como Han la piensa, que se ve acelerada sobre todo por el mundo virtual, habrá de apostarle a desdibujar las identidades tóxicas, los valores homogéneos, los mensajes que pretenden imponer ideas fijas y creencias inmutables, esto que se irá desvaneciendo para ser emplazado por un mundo abierto a todo, de posibilidades infinitas y fugaces. Quizá ya va siendo hora de comprometernos con este mundo hipercultural sin sentir nostalgia, o como escribe Han, augurando un siglo optimista: “El hombre del tiempo por venir no será probablemente un caminante del umbral con cara atemorizada, sino un turista con sonrisa alegre. ¿No deberíamos darle la bienvenida como *Homo lieber* (hombre libre)?”. ☺



# La vida después del *smartphone*

Por Dra. Linda M. Romero Orduña

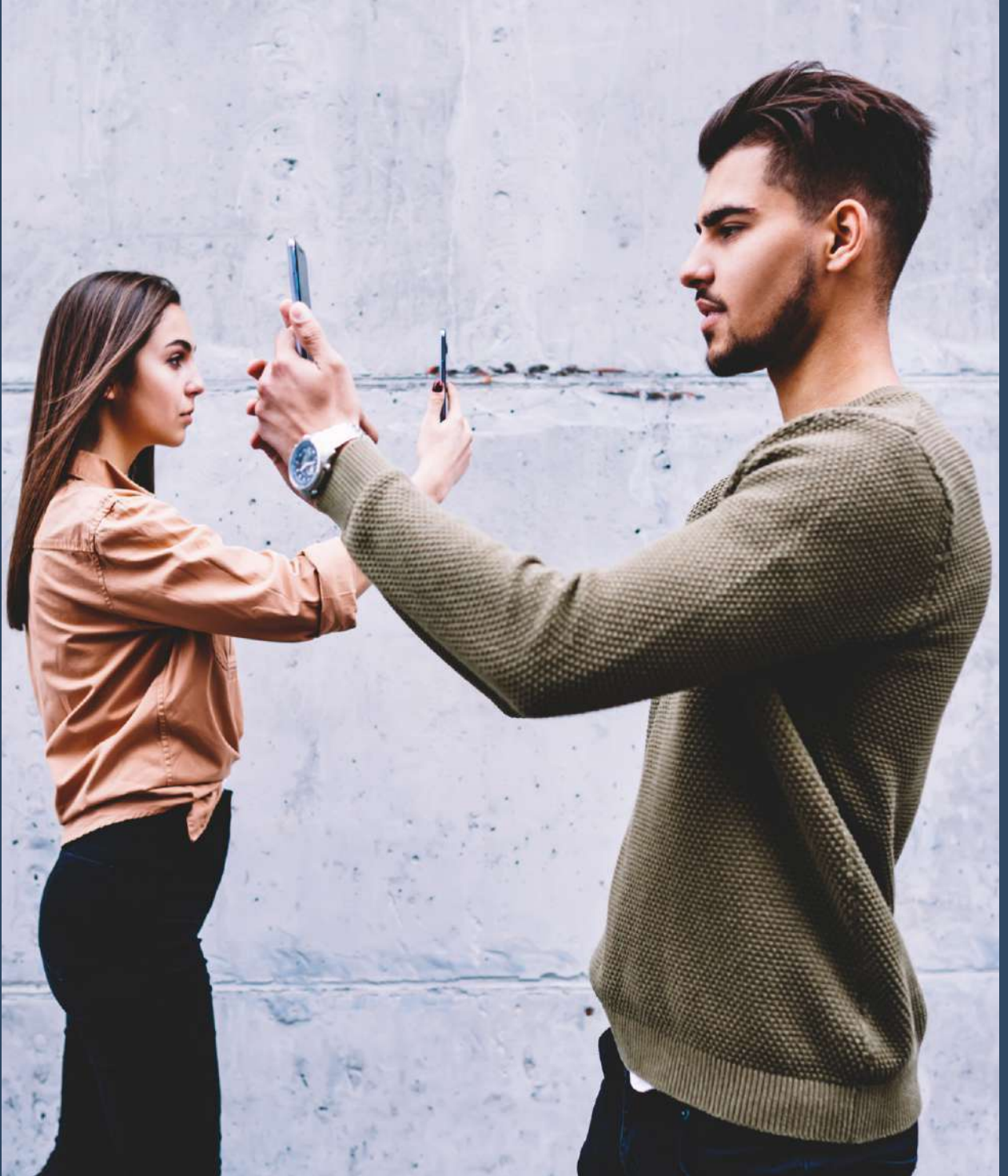
Alguna vez te has preguntado qué tanto han cambiado nuestras vidas los *smartphones* y las aplicaciones como WhatsApp, o si estas, gracias a la supuesta mayor comunicación que nos permiten, han beneficiado realmente nuestras relaciones de amistad o de pareja? Quizá, para dar respuesta a estas preguntas, podríamos comenzar preguntándonos cuál era el celular que teníamos hace cinco años, si usábamos WhatsApp tanto como ahora, o si alguna vez habíamos experimentado una pelea de pareja ocasionada por alguna actividad relacionada con las redes sociales.

Cada vez nuestros ritmos de vida son más acelerados y quizá nos sea difícil recordar cómo eran hace algunos años nuestros hábitos con respecto a los *smartphones* y a las redes sociales; quizá nos hemos adaptado tan bien a ellas que nos pareciera difícil recordar ese mundo donde no existían como ahora o, peor, cuando no existían. Esos teléfonos públicos de monedas olvidados en las esquinas de las calles nos recuerdan que sí existieron esos días donde eran usados por la mayor parte de la población que necesitaba comunicarse con alguien, pero no se encontraba en su casa como para poder llamar desde su teléfono fijo, y que al mismo tiempo, eso implicaba la posibilidad de que esa llamada no fuera atendida si la persona a la que se le llamaba no se encontraba en su casa y, por eso, se necesitaba regresar más tarde al teléfono público para volverla a llamar. Me refiero a esos días en los que el teléfono fijo era el único medio para hacer llamadas de voz y cuando tener un celular era un lujo innecesario que muy pocos se animaban a darse, excepto quienes que por razones de trabajo debían portarlos y pagarlos, no siempre de muy buena gana. Obviamente era impensable que algún niño o adolescente tuviera un teléfono móvil.

O recordemos cuando el único medio para conectarse a internet era una computadora de escritorio con conexión telefónica, lo cual implicaba que no podían entrar ni salir llamadas telefónicas mientras alguien de la familia estuviese conectado a la red. ¡Cómo olvidar a los papás de los adolescentes de aquella época que se quejaban amargamente por no poder utilizar el teléfono mientras sus hijos pasaban horas conectados chateando en el MSN Messenger o en el ICQ, descargando música en el Ares, o visitando Hi5!; actividades tan extrañas para los padres de ese tiempo que difícilmente se sentaban frente a la computadora para utilizarla, pues la veían con desconfianza y hasta con temor por la posibilidad de descomponerla (especialmente porque eran bastante caras y no cualquiera tenía una en su casa).

Ahora no solo tenemos equipos inteligentes de telefonía móvil con capacidad de realizar llamadas de voz o enviar mensajes de texto, sino que también podemos hacer videollamadas, conectarnos mediante internet a un sinfín de contenidos, aplicaciones, juegos, comprar y vender en internet, adquirir los boletos para el cine, pagar el estacionamiento, tomar y publicar fotos y videos en redes sociales, transmitir video en vivo, etc. Podemos hacer tantas cosas con nuestros *smartphones* que nos cuesta trabajo imaginar algo que quisiéramos hacer con ellos y que aún no podemos. Esto implica que en realidad no estamos teniendo necesidades que demanden dichos avances tecnológicos para satisfacerlas, sino que pareciera que se ofrecen tales innovaciones para crearnos determinadas necesidades que antes no teníamos. Por ejemplo, en un inicio bastaba con que un celular pudiera hacer llamadas de voz desde cualquier lugar fuera de tu casa, luego se necesitó que pudieras enviar y recibir mensajes de texto (porque un mensaje salía más barato que la llamada), después se necesitó que tuvieran juegos, cámara fotográfica, reproductor de mp3, que sus pantallas fueran a color y de preferencia táctiles, un teclado con texto predictivo y con autocorrector, luego con emojis y gifs... Y así fue aumentando la demanda hasta llegar a nuestras preferencias actuales para elegir el *smartphone* “que se adapte mejor a nuestras necesidades”. Pero, en realidad, ¿qué necesitamos en un teléfono móvil?, ¿realmente necesitamos todo lo que nos ofrecen y por lo cual estamos pagando?

Otro ejemplo sobre estas necesidades que el mercado nos ha ido creando es que los papás que antes temían utilizar una computadora por miedo a descomponerla ya tienen y utilizan *smartphones* avanzados, Facebook, WhatsApp y otras redes sociales, y quizá hasta pasan más tiempo en sus dispositivos móviles que en cualquier otra actividad como ver la televisión o escuchar la radio. Ahora podemos mandarle un *whats* a nuestra mamá para avisarle que ya estamos en camino a casa o para que nos suba un vaso de agua, o darle un “me gusta” a la foto de la comida familiar que subió nuestro papá o algún tío. Con esto quiero resaltar que todas las generaciones están involucradas en el uso de los *smartphones* y las redes sociales, y que la forma de relacionarnos y comunicarnos unos con otros se ha transformado, cambiando así nuestros hábitos cotidianos. En otras palabras, el uso de estas tecnologías ya no es exclusivo de las generaciones más jóvenes.





Y ahora, ¿qué ha pasado con las relaciones de pareja? La posibilidad de localizar por medio de GPS a cualquiera en tiempo real, de hacer una videollamada, de ver la última conexión o si está en línea en WhatsApp o redes sociales, o si ya recibió y leyó tus mensajes y a qué hora lo hizo han permitido grandes avances en cuanto a posibilidades de comunicación, seguridad y conectividad, pero también han sido motivo de peleas, celos, reclamos y hasta rupturas. Pareciera que ahora ya estamos familiarizados y hasta cómodos con la idea de vigilar y estar vigilados. Paradójicamente, entre más podemos ver, conocer y vigilar al otro, más ansiosos e inseguros nos volvemos. Antes, si alguien te preguntaba dónde estabas podías responder cualquier cosa, ahora no basta con confiar, sino que las posibilidades tecnológicas hacen que esa persona que desea saber dónde te encuentras te pueda pedir que le compartas tu ubicación en tiempo real o que le hagas una videollamada. Antes, cuando chateabas y decías “me voy a dormir” podías seguir conectado chateando con otras personas y de quien te despedías no tenía forma de comprobarlo, así como cuando te mandaban un mensaje, lo podías leer y dejarlo sin responder hasta olvidarlo y luego decir “no me llegó”; ahora es imposible recurrir a estos pretextos. Si traigo a cuento estos ejemplos no es porque esté a favor de la mentira ni de los pretextos, solamente



los menciono para ejemplificar con mayor claridad cómo han cambiado estas tecnologías de comunicación nuestra manera de relacionarnos, y no necesariamente para acercarnos más unos a otros, para llevarnos mejor, para confiar, sino para desconfiar más y pelear. Lamentablemente, por varias frases como las siguientes surgen como motivos de pelea: “me dejaste en visto”, “estabas en línea”, “estabas escribiendo”, “¿por qué le diste me gusta a esa foto?”, “¿por qué sigues teniendo en tu Facebook a tu ex y no has borrado tus fotos con él/ella?”.

Quizá sería un buen momento para darnos cuenta de que una mayor conectividad no necesariamente significa mejor comunicación y éxito en las relaciones interpersonales. Y quizá sería un buen momento para preguntarnos qué tanto han cambiado nuestros hábitos en relación con los *smartphones* y las redes sociales y cómo han impactado en nuestras relaciones con los demás. La próxima vez que olvidemos el celular en casa y nos regresemos por él, aunque lleguemos tarde a nuestro destino, podremos preguntarnos por qué es tan importante este dispositivo, cuáles necesidades satisface y si en realidad lo utilizamos para comunicarnos mejor y acercarnos más a nuestros familiares, amigos, parejas. Así le daremos un uso más consciente y responsable, y quizá menos dependiente y más saludable. ESCI



# ¿Cuántos likes para ser feliz?

Por Ana María Roldán Salamanca - Neuropsicóloga Clínica

En los últimos tiempos, a través de mi trabajo he observado cambios: los motivos de consulta, las situaciones que generan preocupación, ansiedad o tristeza son diferentes a las de hace diez años. Las herramientas y estrategias que las personas usan actualmente para expresarse y comunicarse han cambiado radicalmente.

Las redes sociales son mágicas: poder comunicarte en tiempo real a miles de kilómetros de distancia resulta actualmente facilísimo y prácticamente gratis. Sin embargo, así como son increíbles los avances tecnológicos, el poder de destrucción de estos es infinitamente grande, en especial las redes sociales. Todas las personas tenemos en las redes herramientas poderosísimas para las cuales no estamos preparados ni para entenderlas ni para medir sus alcances, y en consecuencia, no sabemos usarlas adecuadamente. Esto ha provocado que se presenten nuevas patologías o que algunas áreas de conflicto personal se agudicen o modifiquen.

La envidia se va generando a través de lo que estás mirando continuamente y no tienes. Nuestros medios de información anteriormente eran la televisión con cinco canales a lo máximo, revistas semanales o mensuales y el periódico, por lo tanto, sabíamos que existían desfiles de modas, mujeres hermosas, lugares exóticos, pero eran gráficos y se veían y sentían como algo distante, no existía la inmediatez. El estar sometidos a esta gran cantidad de información todo el tiempo y en todo lugar genera envidia, se provoca resentimiento y frustración, mismos que te

llevan a preguntarte “¿por qué yo no tengo eso o por qué yo no soy así?”, esto provoca enojo, una inconformidad contigo mismo y con tu entorno.

Lo más grave es que mucha de la información recibida es falsa, causa conflicto el Photoshop y algunas otras aplicaciones en donde alteran la esencia, al punto no solo de tratar de cubrir un defectillo, sino que se altera la edad, el color, la complexión por querer competir o aparentar algo que no somos. Estas magníficas herramientas nos han desfasado y no las sabemos utilizar. Las personas publican y publican para obtener un “me gusta” y querer ser algo o tener algo que no son. Este “me gusta” termina siendo como una bandita para tratar de sanar el dolor de no tener aceptación propia ni de los demás.

Los seres humanos tenemos huellas o heridas de rechazo, abandono, humillación, traición o injusticia. Todos, de alguna manera y en diferente medida, las tenemos y nos llevan a relacionarnos y a actuar en distintas maneras con nuestros semejantes. En teoría, a través de un trabajo de autoconocimiento y toma de conciencia podemos evolucionar y atenuar sus efectos, sin embargo, con tantas mentiras, rapidez e ilusiones que venden las redes estamos exacerbando nuestro lado negativo o, en todo caso, lo enmascaramos.

Conozco personas que solo viven a través de las redes, que publican sus historias: paseos, fiestas, comidas, olvidando vivir el momento. Observo parejas o familias en restaurantes con el celular en la mano, juntándose para la foto,



---

## Es necesario identificar las mentiras de las redes, volver a lo básico, es necesario aprender a esperar, a saborear los momentos de pausa, apreciar la soledad, tener la cultura del esfuerzo, y lo más importante: generar una cultura de aceptación y de amor propio para posteriormente irradiarlo al exterior.

---

sonriendo para después irse a sus respectivos lugares y optar por el mutismo. Personas viajando y publicando cientos de videos y fotos, y me pregunto si está todo eso en el plano de la realidad, ¿en qué momento estuvieron realmente ahí o se tomaron de la mano o jugaron con sus hijos? Del otro lado, los espectadores, al ver todo esto publicado, lo desean.

Uno de los grandes problemas es que se quieren las cosas rápido y a cualquier precio, incluso arriesgando la seguridad física y la integridad emocional. Últimamente leemos con más frecuencia muertes por tomarse la selfi en el lugar más complicado o de la manera más absurda. Es impresionante ver a una madre mostrar a su hijo en redes y descuidar consolarlo o simplemente contemplarlo. Niños y niñas tomándose fotos desnudas o en circunstancias de riesgo para agradar a sus parejas o simplemente competir y ver quién está más delgado o mejor formado, cuando en definitiva jamás se logrará el físico de las Kardashians, porque no son reales, y aquí viene otro engaño: observo personas que al entrar en esta competencia del físico y de la felicidad, al no lograrlo incurren en un autoengaño buscando salidas fáciles y sin esfuerzo. Las redes y las diferentes plataformas te ofrecen una ilusión, por ejemplo, en lugar de buscar una relación de pareja conociendo a la persona en lugares convencionales se recurre a plataformas de citas... que si estás consciente de lo que ahí vas a encontrar está bien, pero si lo que buscas es algo duradero, no lo vas a tener. Al no lograr todo esto se genera un mayor vacío y desolación.

Tengo niños con una verdadera adicción al celular, personas con una necesidad de estar conectados día y

noche, jóvenes angustiados porque no reciben “me gusta” o sus “amigos” no han visto sus historias, adultos que enloquecen porque sus parejas no responden y están en línea, jóvenes y adultos enajenados porque no tienen lo que otros muestran: parejas, familia, opulencia; me decía un chavo de quince años: “el día que tenga una novia así, seré un triunfador y feliz”. Es increíble que a los veinte años una chica permita golpes de un tipejo porque según él está gorda y le mande videos de chicas con mejor físico. Mi generación no se salva de esto y buscan a toda costa entrar en esta turbulencia, publicando fotos, empleando aplicaciones y plataformas sin responsabilidad e incurriendo en más errores que ni siquiera podemos justificar por la edad, sino por ignorantes e inmaduros.

En todas partes encontramos frases o *podcasts* para ser feliz, obtener paz, ser ecológico y las compartimos, y sin embargo, en la realidad todo va peor, más violencia, tristeza y contaminación.

Todos queremos ser escuchados, vistos, admirados; es impresionante leer en los comentarios gente escudándose en el anonimato para ofender y denostar, mientras otros pelean con estos mismos sin temor. Ahora todos somos expertos en todo.

Es necesario identificar las mentiras de las redes, volver a lo básico, es necesario aprender a esperar, a saborear los momentos de pausa, apreciar la soledad, tener la cultura del esfuerzo, y lo más importante: generar una cultura de aceptación y de amor propio para posteriormente irradiarlo al exterior. ESQ

# Internet: legión de imbéciles

por Carlos Peregrina

Hace tiempo, el escritor italiano Umberto Eco declaraba que las redes sociales favorecen la invasión de los tontos: “Las redes sociales le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas que primero hablaban solo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad. Ellos eran silenciados rápidamente y ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los idiotas”.

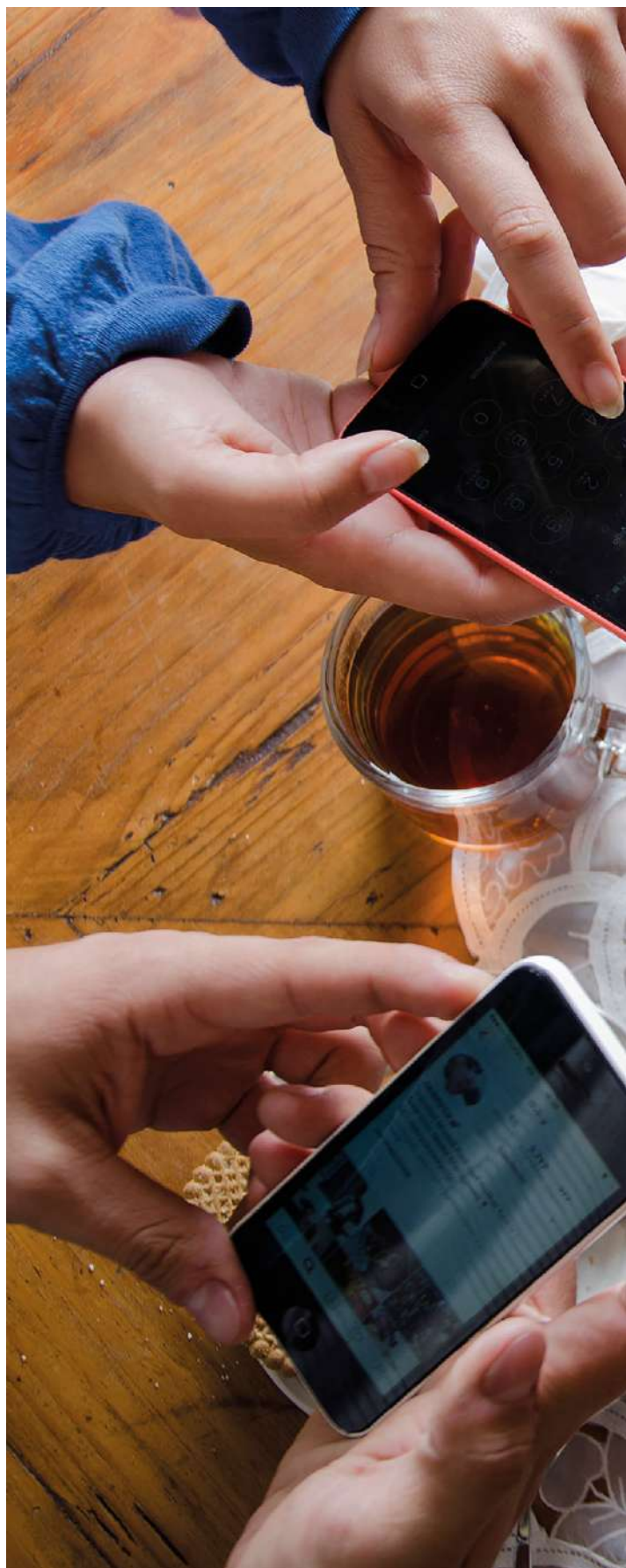
No es personal. Nada es personal, los adictos a las redes sociales nos hemos convertido en opinadores de todo, sin sustento.

Pongo un ejemplo. Hace tiempo falleció el canadiense Leonard Cohen, ganador del Premio Príncipe de Asturias por su obra poética; algunos piensan que él sí se merecía el Premio Nobel y Bob Dylan, no. Todo el mundo subió sus comentarios tanto en Facebook como en Twitter, se volvieron grandes conocedores de Cohen, aunque en realidad no pasan de escuchar a la banda MS, a Gerardo Ortiz o a Maluma. ¿De cuándo a acá ya son expertos en Cohen? ¡Por Dios!

Lo mismo pasó cuando nos enteramos de la muerte de Fidel Castro, miles de personas se volcaron a acusarlo de dictador o de héroe, muchos sin tener sustento, sin saber quién fue Fidel, sin siquiera haber viajado a Cuba para tener un punto de vista más personal. Solo es por seguir la corriente.

Cualquiera con una computadora enfrente se pone muy machito y comienza a odiar solo por el placer de odiar. Hay odiadores profesionales a quienes amamos eternamente, porque son ingeniosos y tienen chispa, nos hacen reír y provocan que nuestras tripas se remuevan; pero hay otros que son pesados, chocantes, odian porque no tienen trabajo, porque sus viejas los dejaron, porque su familia es disfuncional, porque a su mamá no le dieron ácido fólico o en vez de amamantarlos les dieron leche Nido de bebés.

Fuimos testigos del escándalo armado por #LadyCoralina, una chica que en su despedida de soltera fue fotografiada en un antro de la Rivera Maya. Los internautas (muchos, miles) no la bajaron de puta, cusca, comecuandohay. Hicieron pomada su reputación. Hubo un grupo de feministas que salió a defenderla diciendo que un hombre no sufriría consecuencias de haber sido fotografiado así. Muchos opinadores que se vieron reflejados ahí sacaron sus traumas, sus odios, rencillas y rencores, su otro yo.





Es curioso. Abramos el muro de Facebook o el Instagram y veamos cuántas frases de autoayuda hay, cuántas veces una chica sube su foto y recibe comentarios como: “Qué linda”, “Qué guapa mi amiga”, “Te ves muy bien”. Pero ¿cuántas personas realmente opinan eso?, ¿cuántas, terminando de chulear a la gordita chimuela que subió su foto, terminan hablando mal de ella? Si son genuinos los deseos de superación ¿por qué hoy día hay tanta violencia en casi todo el país? ¿Por qué tantos feminicidios? ¿Dónde está el feliz ombliguito de semana? ¿Dónde quedó el “buenos días, mis adorados”? No solo somos una legión de idiotas, somos una legión de hipócritas.

Usamos el internet para buscar la aprobación social. En una ocasión me tocó comer con una pareja en un restaurante, estaban allí peleando y ofendiéndose, estar con ellos fue incómodo. De pronto la chica sacó su iPhone 7 y le tomó una foto a su comida, después se acercó a su novio y se tomaron la *selfie*. Ella publicó: “Aquí con mi amortz (sic). Soy muy feliz de tenerte a mi lado”, inmediatamente guardó el celular y siguieron peleando.

Hay personas que presumen su situación sentimental en redes solo para que el ex sepa que son felices, para que vea que sí se pudo. Pero les tengo una mala noticia: se ha demostrado que quienes más suben fotos con sus parejas son las personas que han fracasado sentimentalmente más veces. Vayan a terapia urgentemente.

Luego están los que fotografían la comida. ¿Para qué tomar fotos de la comida?, ¿de qué sirve? ¿Los restaurantes o fonditas les obsequian un refresco de cortesía? No, es por estatus social, esperando la aprobación de otros, para que vean que tienen poder adquisitivo o ser aceptados socialmente. Están los que para todo hablan de tacos. Los tacos representan una parte del machismo mexicano en redes: soy muy macho si me como unos de ojo y de tripas. Lo que buscan es ser aceptados socialmente, les urge sentirse parte de un grupo, sociedad o club, ser amados y deseados sexualmente.

Están los que le hacen caso a cualquier tipo de noticia, sin consultar la fuente o profundizar, creen lo que les dicen porque apareció en sus redes sociales. ¿Han leído las notas que empiezan diciendo: “Un estudio de la Universidad de... demostró que...?; parece ser que cualquier enunciado que diga “un estudio” es verdad de Perogrullo. ¿Quién hizo el estudio? ¿Existe esa universidad? ¿Aparece en Wikipedia, mínimo? Solo es un estudio, y como es un estudio ya es neta. ¿Cuántas personas solo leen encabezados y no se meten a leer los párrafos? ¿Cuántas solo por los encabezados le dan RT o comparten?

El internet supone la difamación y la invención de historias, nos hizo más hipócritas, ignorantes y agresivos. Cualquiera puede opinar sobre un tema, cualquiera puede decir lo que sea. La libertad de expresión es buena, lo malo es sacar el código postal, el cobre, los dientes llenos de cilantro, el barrio y la selva de África.

Las personas se han desconectado del mundo, están ligeramente inclinadas ante sus móviles. ¿Eso nos ha hecho mejores personas respecto de hace 30 años, cuando no existían todas estas redes e información? En algunos casos sí, pero en muchos otros no.

Es la época del discurso de lo políticamente correcto en redes sociales y lo políticamente incorrecto en la realidad. Hay que bajar de la nube de vez en cuando, visitar una biblioteca —si es que aún existen—, escuchar discos en CD o vinilos y apagar de vez en cuando el Spotify y, antes de opinar, recordar el principio socrático “yo solo sé que no sé nada”.

El internet es una herramienta del ser humano; el ser humano no es la herramienta del internet. ¿Se han percatado de que conectarse a Facebook, Twitter o Whatsapp genera un cierto nivel de hipnotismo?

Tenemos una autoestima muy baja y la queremos llenar con las redes sociales.

Somos una legión de idiotas. ☹️

# El viejo encanto de los vinilos

Por Carlos Peregrina

Recuerdo que vi una imagen en Instagram en donde una chica de no mal ver estaba tirada en su cama. Ella en paños menores. Puesto solo un top que le resaltaba sus atributos y un pequeño calzón que llamaba mucho la atención. La joven, como decía, muy linda, con una sonrisa que cautivaba, pero eso no era lo importante.

En las manos tenía un disco de acetato, el cual no lo tomaba de las orillas, sino de donde están los surcos que son leídos por la agujas del tocadiscos (ahora tornamesa), del color negro, pues, para que me entiendan.

Pensé en ese momento, si mis papás hubieran visto que tomaba sus discos así me hubieran gritado: “¡Chamaco, que así se rayan y se llenan de grasa!”, pero claro, nadie le dice algo así a una mujer que no solo muestra su disco de vinilo en sus manos y que tiene una leyenda como: “Enamórate de quien le gusta la buena música”.

Después de todo es una imagen *hipster*, para una aplicación *hipster*, para chamacos *hipster*. Un intento más de la moda. Durante un año me negaba a comprarme una tornamesa (tocadiscos, hasta antes de los años noventa, ese fue un invento de los llamados dj). Pensaba que comprarme uno y andar en la zona de vinilos ahí en Tower Records o en Mix Up sería ridículo. Pensaba que quien me viera diría: “Pinche viejo ridículo, se ve que está más solo y no tiene nada que hacer”.

Me negaba rotundamente porque dirían: “Ahí está un chavorruco que seguro a sus amigos les dice ‘chavos’, ‘la chaviza’, y que utiliza ‘oigan, chicos’, cuando quiere hablar con alguien”. Me generaba una revoltura en el triperío solo considerar que pensarán que yo dijera “está picudo” o que pensarán que me voy a ligar a los antros de Sonata o de la zona de Cholula.

Yo pensaba que los vinilos eran para una bola de *hipsters* que dicen que les gusta Pink Floyd, pero jamás han escuchado completo el *Umagumma*.

Hasta que por fin, en la casa de un amigo puso un disco de acetato de 180 gramos de peso y me dijo de manera muy poética: “Estas madres últimamente están

saliendo mejores”. Yo miré mi *smartphone* y quise presumirle las *playlists* que había armado en mi Spotify.

Cuando de pronto de la tornamesa de mi cuate comenzó a zonar Miles Davies. Ahora, ¿recuerdan cómo mueven la cabeza los perros cuando están interesados en algo o ustedes les hablan y parecen entendernos? Sí, claro la inclinan a un lado y nos ven de manera directa.

Bien. Ahora imaginen a su amigo —o sea yo mero— inclinando mi cabeza tratando de descifrar eso que salía de las bocinas Yamaha que estaban conectadas al tocadiscos.

La experiencia era única.

Un *flashback* a la secundaria cuando pondría por primera vez mi disco de *Rock en tu idioma* y Soda Stereo o Caifanes tocando “Viento” se escuchaban por la sala de mi casa. O cuando puse el disco de *Master of Puppets* de Metallica y mi mamá casi me avienta la cacerola con el aceite hirviendo solo de escuchar “esa música para mariguanos”.

Imaginen a su amigo pegado viendo cómo daba vueltas el disco y observaba cómo decía Miles Davies. Era un clásico lo que sonaba en la sala de la casa de mi amigo: *Kind of Blue*. Ahí estaba todo en cámara lenta. Recordando cuando un cuate y yo nos robamos en 1988 unos discos de Hombres G.

Sí, lo sé. No es una buena referencia hablar de los Hombres G, pero era lo de moda y se volvió un gusto culposo para mí. Admito que cuando le robamos esos discos, yo me sentaba en los sillones y escuchaba “Te quiero” una y otra vez, pensando en la chica que más loco me trajo en ese terrible tercero de secundaria.

Qué puedo decir, yo me enamoré escuchando música en acetatos y en casetes. Los fines de semana escuchaba estaciones de radio para poder grabar mis casetes. Oraba, le pedía a Dios Padre que no hablara el locutor o por lo menos que no saliera la identificación o la hora en la grabación.

¿Saben? Yo fui de los que llegó a dedicar canciones y música en casetes grabados. Ahora entiendo por qué no me pelaban las muchachas, de aquel entonces, yo les



grabé unas canciones de Led Zeppelin cuando estaba de moda Chayanne y Ricky Martin.

En aquel entonces, en Puebla, había varias tiendas de discos: Lolly Pop en el centro y Plaza Dorada. Stacatto Discos, C4, que traían además una colección impresionante de revistas y cómics. Zeppelin, allá en la zona de Las Ánimas, los discos más raros los conseguías ahí.

Estaba también Discotrón y otra tienda llamada La Feria del Disco. Como uno era pobre y solo traía uno en la bolsa lo de los camiones, ahorra, pero iba a las tiendas de discos solo a ver las portadas. A soñar despierto. A pensar que uno estaba escuchando el *Rattle and Hume* de U2. O los de Depeche Mode, en ese entonces pegaba con tubo "Personal Jesus".

Es cierto, uno solo se emocionaba solo con ver las portadas de los acetatos. Uno pensaba que la testosterona era directamente proporcional a la cantidad de acetatos que uno tuviera en casa.

Luego llegaron los primeros CD y nos dijeron que esa era la mejor calidad de audio, pues el sonido sucio de la aguja al caer sobre los acetatos ya no se escucharía. Además, ya no habría que poner la aguja exactamente en la canción que uno debería escuchar.

Ahora se programaba y tenían una función llamada *shuffle*, que era para escuchar los primeros segundos de las canciones. Además ya era lo cool en ese momento.

Hasta a finales de la década pasada, los MP3 y los primeros iPods hicieron a un lado a los CD. Ahora las *playlist* que se iban armando comprando en iTunes era lo más de andar en onda.

Y al final, el hombre regresó a su origen: los vinilos. Ya podemos escuchar nuevamente todos los discos remasterizados en 180 gramos. Hasta hace un año, las tornamesas no pasaban de más de 2 mil pesos. Ahora, están en 10, 15 y hasta 20 mil pesos.

Malditos *hipsters*, encarecieron hasta los tamales de dulce con crema y pasas.

Encarecieron los calzones Ramírez y las cemitas de pápalo de las luchas. Esto de que en la Condesa piensan que Los Ángeles Azules son la viva reencarnación de la orquesta que acompañaba a Herbert von Karajan está de la chingada.

Y ahora ya tengo una tornamesa. Tengo un equipo Marshall para reproducir y ecualizar mis vinilos de Miles Daves, Pink Floyd y de Iron Maiden.

Nada se compara al encanto y romanticismo de poner un disco de acetato y de escuchar ese ruido sucio de la aguja. Ese, mis queridos amigos, es el viejo encanto de los vinilos. **ms**



# Viviendo en la ficción

Por Diego González

En un buen año, Alejandro Calvo ve 700 películas. Es decir, invierte cerca de 1400 horas, al menos 58 días enteros de un año frente a una pantalla escapando de la realidad, viviendo de ficción. ¿Cuántas películas ve al día un hombre obsesionado con el cine? ¿Cuánto tiempo duerme un profesional del ocio? ¿A qué películas vuelve un hombre condenado a los estrenos? ¿Ser crítico de cine es un oficio? Entre millones de escenas ¿cuál es la imagen más bella en la historia del cine? Entrevista a Alejandro Calvo, crítico de cine y director del canal SensaCine.

El crítico de cine Alejandro Calvo (Barcelona, 1978). Luce una gorra negra, camiseta del mismo tono, tez blanca y una barba entrecana y espesa de semanas.

Conoció el cine de la mano de su tío Enrique, quien lo llevó a ver *Los Goonies*, *E.T.*, *Karate kid*, *Loca academia de policía* e *Indiana Jones* y el templo maldito.

Es hijo único y fue un chico solitario que no practicaba deportes. Pero a los 12 años empezó a frecuentar bibliotecas, a leer y a ver películas asiduamente. Junto a su tío, viendo *Hannah* y sus hermanas (1986), descubrió la importancia que había cobrado el cine en su vida.

“Yo entendí que me quería dedicar era eso: quería ser escritor y quería hablar sobre películas”, recuerda. Escribió mucho, hasta que a los 17 años comenzaron a publicar sus textos, pero pasaron años antes de que le pagaran por lo que escribía en los medios online.

“Es muy difícil ganarse la vida así, pero creo que yo tengo mucha suerte”, dice y explica que su éxito radicó en que le gustó a los editores y a los directores culturales.

Ha trabajado para medios como *La Vanguardia*, *El Mundo* y en las revistas *El Cultural* y *Rockdelux* (1984-2020).

### Maratones

Ahora, Alejandro tiene menos pelo del que lucía en aquella época en que entraba a los cines a las ocho de la mañana y salía a altas horas de la madrugada: “Luego ya me iba a escribir, dormía tres horas y al día siguiente otra vez. Eso lo he hecho y pues, directamente, desapareces del mundo real, sólo estás viviendo la ficción”, recuerda este hombre que dice dormir cinco horas diarias.

Alejandro ve alrededor de 500 películas al año. En un mal año 350, en uno bueno 700.

Hace ya mucho tiempo que mezcló su trabajo y su vida personal, no sabe si eso es bueno o malo, pero cree que de cualquier manera lo más “duro” es para los que lo acompañan en su vida.

Los estrenos de las películas los ve en horario de trabajo, en pasajes de prensa o festivales de cine, pero cuando tiene que verse una serie la dinámica cambia: “me tengo que quedar una noche o dos. La de Michael Jordan, *The Last Dance*, me la vi en tres noches”, comenta y vuelve a quejarse de lo poco que duerme.

“Siempre he sido mucho de maratones, porque siempre he entendido que para aprender sobre cine lo mejor que puedes hacer es no picotear sino centrarte”, explica Alejandro, cuyo método es verse al hilo 10 películas de un mismo director: “porque así entiendes mejor al cineasta”.

“El cine lo veo un poco raro, porque lo veo como una gran tarta”, un gran pastel del que ha devorado piezas excepcionales y fiascos empalagosos, pero igual sigue tratando de comerse todo lo que puede —y come rápido—, a pesar de entender que siempre le harán falta rebanadas por degustar.

Antes de ser padre, Alejandro veía un par de películas en la tarde o en la noche. Cuando llegaron los hijos, bajó a la mitad de las cintas. Ahora sólo las puede ver después de las 10 de la noche, cuando los niños duermen: “Entonces, me tengo que dosificar muchísimo”, aclara este hombre hipocondriaco que dice padecer dolores musculares por todos lados.

### Una de vaqueros

“Las sentadas son bestias”, así define Alejandro las jornadas maratónicas en las que se la pasa sentado frente a un televisor, metido en una sala de cine o simplemente concentrado en su portátil.

A este crítico de 42 años, le encantan los westerns. Hace poco tiempo, vio 50 películas de vaqueros en un mes. Como una extensión más de su cuerpo, llevaba su portátil a todos lados. En cualquier sitio lo abría y se sumergía en los cielos azules del desierto. Un día antes de entrevistar al actor Joaquín Phoenix, viajó a Londres viendo películas del oeste, analizó *Grupo Salvaje* encerrado en una habitación de hotel, vio a vaqueros y cazarrecompensas antes de encontrarse con el protagonista del *Joker*, y al terminar la entrevista, retomó la cinta sentado en un tren con destino a Gatwick. En el avión a Madrid apreció más valles rocosos y nuevos duelos entre pistoleros y comanches; del aeropuerto de Barajas a su morada, disfrutó de pleitos entre forajidos y comisarios y, al llegar a casa: “un beso a la mujer, a los niños; los duermes y sigues viendo westerns. Hay que estar un poco loco, eh...”, reflexiona Alejandro.

### Rebobinando films

Cuando este hombre entra en materia, se sumerge en los detalles, se emociona al redescubrir un personaje, analiza los planos —De Detalle, Americano Largo, Picado, Contrapicado, Primerísimo Primer Plano—, examina las escenas, los diálogos, la fotografía.

“La imagen más bonita que tengo en mi cabeza, es en: El hombre que mató a Liberty Valance, de John Ford: la flor de cactus encima del ataúd de Tom Doniphon, esa es una imagen que me emociona sobremanera, en lo positivo y en lo dramático. Puede ser mi momento favorito de la historia del cine”, dice y se cruza de brazos.

Cada tanto vuelven a él ciertas obras: Centauros del desierto, El Apartamento, Manhattan, Taxi Driver, Río Bravo —la ha visto, por lo menos, 100 veces—, y El Padrino: “Es precioso volverse a encontrar con las películas”, opina.

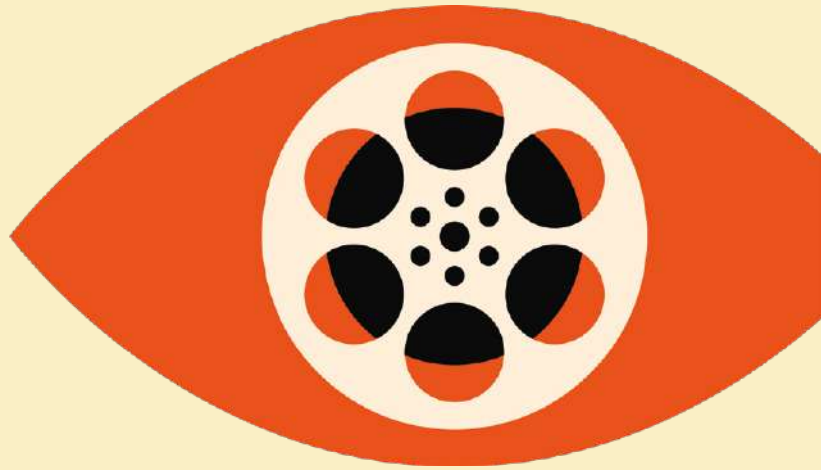
### Ser crítico de cine es un oficio

“A mí me gusta todo el cine, todo”, precisa Alejandro, quien disfruta igual una peli de terror, un melodrama, un musical o una de superhéroes.

Alejandro es ameno en sus críticas, jocosos, no suele desprestigiar los films que analiza. Prefiere ver el lado positivo de las cosas y dice ser un afortunado por hacer lo que le gusta.

“La capacidad de no tener que elegir, me hace mejor espectador y crítico”, Alejandro entiende que el arte cinematográfico consiste en enriquecer su ser y no en elegir una película sobre otra.

“Hay un actor que ya murió, Pepe Rubianes —yo soy muy fan de Pepe—, decía que cuando pasaba por la calle, le decían: ‘¿Pero tú en verdad a qué te dedicas?’. A mí me ha pasado un poco eso: “Te he visto muy bien en los videos de YouTube ¿pero tú cómo te ganas la vida?” —Llevo 24 años metido en esto”, explica con picardía los detalles de su oficio y después se ríe.



### ¿Qué es el cine?

Apreciar una película es un viaje solitario, a pesar de hacerlo junto a la esposa, los colegas, los hijos o los amigos: “siempre las vive uno solo”, asegura.

Para Alejandro el cine significa evasión e introspección. Es desconectarse de la realidad y mirarse así mismo para entenderse mejor: “Si tú ves un millón de películas en un año, eso no te va a hacer ni mejor persona, ni mejor crítico”, complementa.

“Tengo una visión muy de Hemingway, de la vida, o de Orson Welles, realmente creo que merece la pena estar en un bar con amigos, riéndote. Merece la pena enamorarte, aunque sea para que luego te rompan el corazón y merece la pena cuidar a la familia, aunque luego, cuando pierdes a un familiar, te destroza. Porque el cine está ahí, el cine siempre te va a hacer compañía. Siempre vas a poder volver a él”, culmina.

Alejandro se emociona al recordar escenas, habla de lo trascendente y lo entretenido y comenta y ríe y explica y recuerda un fotograma que a su vez le hace recordar al director Terrence Malick y así a Resnais, a Antonioni, a Ford y a Peckinpah y luego un clásico del cine de vaqueros trae a la memoria una canción triste que él le ha cantado muchas veces a sus hijos y pasa todo eso en instantes porque Alejandro G. Calvo vive de la ficción.

### Alejandro Calvo recomienda: 4 de cine latinoamericano

Le pido que nos recomiende algunas películas latinoamericanas. Inicia con “El pagador de promesas” [O pagador do promessas, 1962] —se le olvida el nombre del director—: “me da mucha rabia no acordarme de directores”, dice y se le viene a la mente el nombre de Anselmo Duarte; luego recomienda Zama, de Lucrecia Martel; Madre Cuba, de Salomón Shang; y cualquier documental del director chileno Patricio Guzmán. 560

# Vuelos a precios bajos para todos



 **12 NUEVAS RUTAS**

## ¡Ahora viaja desde Puebla!



**México** | **PUEBLA** | **volaris**   
• EL LATIDO DE MÉXICO •



Términos y condiciones: [www.cms.volaris.com/](http://www.cms.volaris.com/)  
A partir de junio 2025



# Convivamos en paz

**911**  
EMERGENCIAS

**089**  
DENUNCIA ANÓNIMA

**088**  
Atención Ciudadana

Apps para tu tranquilidad

**¡NO TE ALARME!**